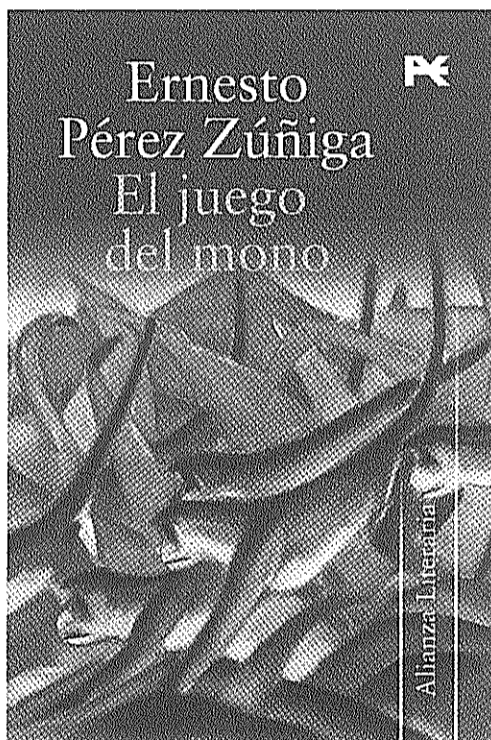


CARLOS GARCÍA GUAL / INQUIETANTE FUGA

El juego del mono es la tercera novela de Ernesto Pérez Zúñiga. Cada una de ellas nos ofrece una trama singular con denso ambiente y propia atmósfera, con un marcado estilo de afilada y tersa prosa; una prosa, como se ha dicho, a la vez precisa y poética, con una fuerte capacidad evocadora, guiada por una inquietante y original visión fantasmagórica. Desde el comienzo cada relato nos transporta a un mundo muy bien definido en trazos escuetos. Si en *Santo diablo* nos encontrábamos con un escenario realista de trasfondo histórico, un pueblo andaluz revolucionado y violento en plena guerra civil, trágico escenario de un drama pintado en un aguafuerte de sabor valleinclanesco, una novela un tanto coral, y en *El segundo círculo* una aldea poblada de fantasmas donde los muertos acosan a los visitantes de verano en un angustioso viaje con aires de pesadilla, *El juego del mono* nos lleva a un lugar concreto y definido del sur andaluz, a La Línea de la Concepción, con Gibraltar al fondo. Todo el relato está contado en primera persona: la voz del narrador evoca su propia andanza y desventura. La descripción del centro de enseñanza, con sus profesores grises y sus alumnos conflictivos, y de los barrios donde encuentra su casa y por donde va y viene ocupa los comienzos de la novela. Ese ambiente, con su atmósfera agria y su degradación social, está evocado con trazos realistas y frescas impresiones como el decisivo telón de fondo donde se enmarca la peripecia del recién llegado, un solitario profesor de lengua destinado al Instituto de Enseñanza Media. Montenegro «el desventurado», según se califica él mismo, no acaba de encajar en ese difícil entorno social, sale escaldado de sus torpes intentos y se va aislando y refugiando en sus sueños, ese recurrente sueño con su ubicuo mono, su casa austera y un misterioso sótano, donde encuentra un manuscrito que será para él profética aventura y tortuosa trampa.

Frente a ese mundillo gris de anodinos profesores y esquivos alumnos y algún sórdido bar vecino de las playas de droga y contrabando, el inquieto Montenegro se va aislando en su casa donde descubre un raro sótano y un mínimo jardín mientras vive un ocasional amorío, furtivo y fogoso, con más sexo que pasión (con la profesora que él llama la Chica de la Nariz). Pero le acosan una y otra vez los sueños, en los que el mono y los monos persisten como una enigmática amenaza. Incluso viaja a Gibraltar para retar allí a los agresivos monos de las rocas, y verse perseguido por ellos. Solo uno queda, que será su prisionero; del mismo modo que él será, kálfianamente, su obligado guardián.

Esta atmósfera a la par tremendamente realista y fantástica sugiere una cierta parábola de la dominación y la sumisión, un



tanto alegórica, «entre el realismo sucio y la fábula kálfiana». En ese contexto humano hosco y hostil el protagonista encontrará su propio mundo en el sótano y los sueños. Y en ese sótano, guiado por el mono en cierto modo, va a dar con el manuscrito del anterior habitante de su casa, que allí escribió y dejó relatada en esas páginas su experiencia de la soledad y la sumisión. Y que justamente con eso, con su escritura, al forjar la narración de su encierro, en la escritura halló un punto de fuga de su oscura cárcel. El truco del manuscrito encontrado es un famoso artificio de la novela de misterio (y, también, de las novelas históricas). Aquí lo tenemos una vez más empleado con claro provecho. La voz del narrador resulta ahora la del precursor del soñador, que también tiene su extraña carcelera y su mono.

Esta es, a mi parecer, la más literaria de las tres novelas de Pérez Zúñiga, en el sentido de que contiene numerosas alusiones

a otros textos de ficción y a otros autores, a menudo citados: Murakami, Tanizaki, Musil, Nabokov, Onetti, alguna novela china con mítico mono, algunas películas, y un tanto sumergido el ya mentado Kafka. Hay en el estilo espléndido de Pérez Zúñiga, que es, desde siempre, autor de cuentos y un poeta de singular impulso imaginativo, muchos reflejos de brillantes sugerencias. De ahí otro de los mayores encantos de esta narración: su curiosa fragmentación en escenas de colorido diverso, lo que hace mucho más ágil y, diríamos, poliédrica, la trama, que de otro modo pudiera parecer monótona. No se trata tanto de breves historietas intercaladas como de estampas o chispazos, alguna vez con versos o citas sueltas, como ventanas a otros paisajes. En ese ritmo pautado del relato está gran parte de su fuerza literaria.

Porque la trama del prisionero al que solo, de cuando en cuando, le llegan desde una apertura en el techo alimentos y material de escritura, y más tarde la visita de una dama enmascarada y su mono, y luego la invitación a rápidos encuentros sexuales frenéticos, pero que solo logra escapar mediante su escritura y su memoria, puede en efecto parecer una tanto obsesiva y cerrada, con sus pesadillas y sus monos, pero es mucho más que la anécdota del encarcelado y del lector del inquietante manuscrito, y lo es gracias al fulgurante estilo y a todas esas escenas menores que dan un aire especial a la narración, como el ventanuco que da al extraño jardín vecino da alegría al prisionero. No sabemos qué fue, en definitiva, de la misteriosa enmascarada carcelera ni de su mono, ni de cómo desapareció o murió el autor del manuscrito. Las pesquisas del curioso Montenegro en su búsqueda policial no tienen éxito, aunque nos permiten conocer alguna nueva aventura peligrosa del poco venturoso protagonista en los

Ernesto PÉREZ ZÚÑIGA, *El juego del mono*, Alianza Editorial, Madrid, 2011.

a la superficie. Las usaba como un lápiz de distinto color escribiendo genes que se relacionaban con engranajes niquelados hacía *teara un pájaro*, y las palabras de distintas lecturas de las frías. [...] La pregunta, desde debía— poner en relación, arcosible (245-246).

que rendirse a la *evidencia*), dos historias que la novela *ién*, *por supuesto*, la conexión en literaria argentina: ya no la ontada aquí de múltiples maniana (patafísica y duchamiciela Esperanza), que pasa inventor de aquel Rayuelo-la tabla de Luca Belladona). máquinas verbales está también— de *Blanco nocturno* con í resulta reescrita y recombina-

s) y aquellas pequeñas

maquina de versiones. Como máquina narrativa ha de moler cantidad de textos ajenos irlos, como suele, en su interés la narración (digamos, sus liciaeo norteamericano clásico ícico más intenso que Piglia ha uca es un avatar del astillero). is estimadas melodías o tonos: ecuentísimo en el autor argentino inaudito. Esta novela acuarte de la ficción pigliana, con a obra en la que, a mi juicio, zi dice aquí estar escribiendo *artificial*, *Plata quemada*, *alperpetua* y *Nombre falso* tamrasgos, dan a la novela una hace explícita. Algo más sutilimo lector, que merecerían desde sus ficciones, en cualquier ece tener siempre una última r la autoridad al lector, la rey a ojos de algunos —muy os, ni ideales: «esto es lo que istaría que lo leyeráis de este ue es». Una novela policiaca; a filosófica. Un texto en trans-

RSIDAD DE ZARAGOZA